

9.<sup>a</sup>—VIRTUDES DE JESÚS EN EL SANTÍSIMO SACRAMENTO.

PRELUDIO 1.<sup>o</sup> En el divino Sacramento ejercita el Señor sobre todo la humildad, obediencia y caridad.

PRELUDIO 2.<sup>o</sup> Representémonos á Jesús, que, desde el Sacramento, nos está diciendo: «Ejemplo os he dado para que hagáis lo que Yo he hecho».

PRELUDIO 3.<sup>o</sup> Pidamos la gracia de imitar las virtudes de Jesús.

**Punto 1.<sup>o</sup> Jesús ejercita la humildad en grado heroico.**

—La primera virtud que resplandece en el Santísimo Sacramento es la profunda humildad de Jesús, con que actualmente se humilla á sí mismo, encubriendo toda la gloria y resplandor que tiene, con una tan baja y humilde cubierta, como es los accidentes del pan y del vino. Y, como desde el pesebre estaba clamando, no con palabras sino con obras: «Aprended de Mí que soy manso y humilde de corazón»; así también desde este Sacramento está dando los mismos clamores á todos los cristianos, y á ti, cuando comulgas; por lo cual has de humillarte y encubrirte, deseando el último lugar en todo, por imitarle. Pondera, además, cómo hasta el día de hoy sufre con humildad y mansedumbre las injurias que allí recibe, los desprecios, descortesías y descomedimientos que con Él se tienen; y, aunque le pongan en el postrer lugar, no se queja ni se venga, sino disimula y hace del que no lo ve, y pasa por ello; y así quiere que los que se acercan á recibirle hagan otro tanto, si aspiran á ser sus discípulos y á tener parte en las gracias y favores, que comunica á los humildes en este Sacramento. Y si te haces sordo á estas voces, tienes mucho por qué correrte y avergonzarte, siendo tan soberbio en la presencia de este Señor tan humilde, como dice Dios por Ezequiel: «Hijo del hombre, muestra á la casa de Israel este templo, para que se confundan por sus pecados; midan su fábrica para que se avergüencen de las cosas que hicieron». Y ¿qué templo más verdadero que este divino Sacramento, donde está el mismo Dios y su Cristo? Con este templo se han de conformar todos los justos, que son templos vivos del Espíritu Santo, adornándose con las virtudes que este Señor tiene y del modo que Él las ejercita. ¡Oh humildísimo Jesús, templo vivo de la Divinidad! Grande admiración es para mí el ver en Vos tanta grandeza encubierta con tan excesiva humildad; pero, más me confunde el ver mi bajeza con tan extremada soberbia, y que sea tan miserable que no hagan mella en mí los prodigiosos ejemplos que diariamente me dais de tan necesaria virtud. En adelante, ¿no nos alentaremos á ser humildes? ¿No procuraremos el último lugar? ¿No sufriremos con paz y alegría los desprecios?

**Punto 2.<sup>o</sup> Obediencia de Jesús en el Santísimo Sacramento.**—Luego has de considerar la heroica obediencia que Jesús

practica en el Santísimo Sacramento. El mismo quiso obligarse á ella cuando ordenó que, en diciendo cualquier sacerdote las palabras de la consagración, al instante se pondría bajo los accidentes del pan y del vino. Lo cual cumple con una obediencia perfectísima, acompañada de todas las condiciones que pide esta virtud en su grado supremo; porque es puntual, presta é instantánea, sin detenerse ni un solo momento en venir al Sacramento. Es universal, á todos los sacerdotes, aunque sean malos y consagren con mala intención y por un fin muy malo, porque no mira á su mal ánimo, sino al fin santo que Él tuvo en la ordenación que hizo; también es universal á todo lugar y tiempo, porque ninguno ha excluido. Es constante y perseverante, porque ni se cansa de venir muchas veces, ni se va del Sacramento por mal tratamiento que le hagan; y, mientras duran las especies, dura con gran firmeza, y en esto durará hasta el fin del mundo, porque allí también está diciendo: «He venido del cielo, no á hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió». Y desde allí clama con el ejemplo que, si quieres recibirle dignamente, has de adornar tu alma con una obediencia semejante á la suya; porque el que ha de hospedar á Jesús como Marta, y recibir de Él la refección espiritual como María, ha de ser su alma como Betania, que quiere decir casa de obediencia, dedicándola á obedecer en todas las cosas al que se hizo obediente, para enriquecerla con sus gracias. ¡Oh dulce Jesús! Ahora veo cuán amigos sois de la obediencia y cuánto deseáis hallar esta virtud en vuestros siervos. No contento con obedecer hasta la muerte, os habéis quedado entre nosotros, para darnos un continuo ejemplo de obediencia perfecta, universal, y perseverante. Por ella os suplico gracia para practicar esta virtud que tanto os agrada y tanto necesito. Y nosotros, ¿somos obedientes? ¿Tiene nuestra obediencia á Dios y á sus representantes los caracteres de la obediencia de Jesús? ¿Es perfecta? ¿Es universal? ¿Es perseverante?

**Punto 3.<sup>o</sup> Caridad y misericordia de Jesús.**—Considera aquí la heroica caridad y misericordia de este Señor en darse á sí mismo y á todas sus cosas á todo género y suerte de hombres, por viles y despreciados que sean, para remediar sus necesidades y hartar el hambre que tienen; cumpliendo aquí á la letra lo que dijo á un hombre que le convidó á comer: «Cuando hicieres algún convite, no llames solamente á tus parientes y amigos ricos, que pueden pagártelo convidándote ellos otra vez; sino llama también á los pobres, tullidos, cojos y ciegos de quienes no puedes esperar paga». Así lo hace este divino Señor, sin negarse á nadie, ni aun á los más viles pecadores, luego que se han arrepentido de sus pecados, no teniendo asco de entrar á morar en casa que ha sido cueva de ladrones, morada de basiliscos y posada de demonios. Pondera también cómo ma-

nifiesta el Señor su admirable largueza en querer que esté la mesa siempre puesta, y Él se está en el sagrario de asiento muchos días, esperando la hora en que ha de llegar uno de estos pobrecitos, para darle la refección que le pide. Y á todos llama y convida para que vengan á su convite; y no podemos hacerle mayor placer que acudir á su llamamiento, tomando Él lo que es provecho nuestro, por materia de su gozo, como si fuera provecho suyo. De aquí nace el amoroso llamamiento que nos hace por Isaías, diciendo: «Todos los que tenéis sed, venid á las aguas, y los que tenéis plata, daos prisa, comprad y comed; venid y comprad sin dinero y sin permuta vino y leche. Oid mi voz; comed lo que es bueno, y se alegrará con su grosura vuestra alma». ¡Oh amantísimo Señor! Pues que vuestra infinita misericordia os hace venir del cielo á convidar, no sólo á los reyes y príncipes, sino á los hombres más viles y despreciados, deseoso de enriquecerlos á todos; concededme que, confiado en vuestra benignidad, me acerque á Vos y participe del convite divino que habéis preparado, y quede mi alma llena de gracia y harta de virtudes celestiales. ¡Oh si los hombres no buscasen ya con tantas ansias el manjar que perece, sino éste que permanece hasta la vida eterna! ¿Qué hacemos nosotros? ¿Qué fruto reportamos de la caridad de Jesús? ¿Cómo correspondemos á su misericordia?

**Epílogo y coloquios.** ¡Qué virtudes tan excelentes ha querido encerrar el Señor en el Santísimo Sacramento! Y ¡con qué perfección tan acabada las practica! Su humildad no puede ser más profunda. Aquí oculta y esconde toda su grandeza y esplendor divino, no bajo la cubierta de un cuerpo hermosísimo como en la encarnación, sino bajo los viles accidentes de pan y vino. Aquí sufre sin inmutarse, ni dar siquiera señales de disgusto ni sentimiento, las burlas, desprecios, injurias, profanaciones. ¡Oh, si nosotros oyésemos su voz que nos dice: «Aprended de Mí, que soy humilde de corazón»! ¿Qué diremos de su obediencia? Ni puede ser más perfecta, ni más puntual, ni más universal, sin distinción de personas, lugares ni tiempos, ni con más extraordinario sacrificio, comprometiéndose á ir, así al palacio del noble como á la choza del pordiosero, y á entrar en el corazón del santo y en el pecho infame del pecador. Mas su caridad, misericordia y generosidad campean sobre todas las virtudes. El convite no puede ser más rico ni más precioso, y, con todo, á él son todos los hombres invitados; y la mesa siempre está parada, y Jesús siempre dispuesto y llamando, y alegrándose cuando alguno atiende á su llamamiento. ¿Cómo, en vista de esto, practicamos estas virtudes? ¿Somos humildes? ¿obedientes? ¿caritativos? Avergoncémonos siquiera de presentarnos á Jesús, siendo tan extremada la distancia que hay de nosotros á Él. Y pues no podemos dejar de recibir, si queremos vivir, ponga-

Med. 10.—El Santísimo Sacramento es alimento de los cristianos. 935  
mos hacer cuanto sea necesario para preparar nuestra alma, y pidamos por nosotros y por todos.

#### 10.—EL SANTÍSIMO SACRAMENTO ES ALIMENTO DE LOS CRISTIANOS.

PRELUDIO 1.º Jesucristo instituyó el Santísimo Sacramento para nuestro alimento y vida, al modo que plantó en el paraíso el árbol de vida para nuestros padres, y envió el maná para los israelitas.

PRELUDIO 2.º Representémonos á Jesús diciendo: «El que come de este pan, vivirá eternamente».

PRELUDIO 3.º Pidamos gracia para agradecer este favor y aprovecharnos de él.

**Punto 1.º** *Providencia de Jesús comparada con la que tuvo del hombre en el paraíso terrenal.*—Considera la excelencia singular de la divina Providencia en sustentar nuestras almas con este soberano Sacramento, la cual excede infinitamente á la que tuvo de nuestros primeros padres en el estado de inocencia. Para ellos hizo muchos árboles en el paraíso, y entre ellos el árbol de vida, cuya fruta, comida de cuando en cuando, bastase para conservar la vida del cuerpo. Para los cristianos ha puesto muchos manjares espirituales en el paraíso de su Iglesia y entre ellos ordenó este divino Sacramento como árbol de vida, porque es pan de vida sempiterna. Pero ¡qué diferencia tan inmensa se descubre entre uno y otro árbol! Aquél era terreno, hecho de tierra; éste es celestial y venido del cielo: aquél daba vida al cuerpo; éste al alma: aquél solamente conservaba la vida á los vivos; éste alguna vez da la vida á los muertos. Pondera cómo mucho mejor se puede comparar el Santísimo Sacramento al árbol de vida, que está en el paraíso celestial, el cual, según san Juan, lleva doce frutos, cada mes el suyo, ó diferentes en especie, para deleitar con la variedad, ó uno mismo doce veces, para recrear con la novedad, y sus hojas son salud de las gentes. Porque este soberano Sacramento, en quien está aquel Señor que dijo: «Yo soy el camino, verdad y vida», lleva doce frutos, produciendo en nuestras almas toda variedad de virtudes, y moviéndola al ejercicio de los doce frutos del Espíritu Santo, que son: caridad, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, longanimidad, mansedumbre, fe, modestia, continencia y castidad. Y estos doce frutos renueva cada vez que dignamente se recibe; y sus hojas, que son las palabras que de él están escritas, son poderosas para dar salud perfecta; porque de ellas dijo el mismo Señor: «Las palabras que os he dicho son espíritu y vida». ¡Oh Padre amorosísimo! Gracias os doy por esta regalada providencia que habéis tenido de nosotros, plantando tal árbol en medio de vuestra Iglesia, para darnos vida eterna. Concededme que pueda vencer mis pecados y pasiones, para que guste la fruta de este árbol del paraíso que prometisteis al victorioso. Y tú,

alma mía, ¿comprendes esta amorosísima providencia? ¿Cómo correspondeste á ella? ¿Qué exige de ti?

**Punto 2.º** *Providencia de Jesús comparada con la que tuvo de los israelitas en el desierto.*—En este punto has de considerar la excelencia de esta providencia, comparándola con la que nuestro Señor tuvo en sustentar al pueblo de Israel con el maná, figura muy expresiva de este divino Sacramento. Pondera cuatro excelentes propiedades que tenía el maná, y que este soberano Sacramento reúne con inmensas ventajas. El maná era pan del cielo, fabricado por los ángeles en la región del aire, y como rocío caía en la tierra y se cuajaba, después se molía y se amasaba, y se cocía en el fuego, y así se comía; este divino Pan vino del supremo cielo por obra, no de ángeles, sino del Espíritu Santo; como rocío bajó á la tierra, y juntándose con la pequeñez de nuestra humanidad, fué molido con trabajos corporales, amasado con agua de aflicciones interiores, cocido con fuego de tormentos y amorosos afectos, y de este modo se hizo nuestro manjar, cubriéndose con los accidentes de pan y vino. El maná era pan medicinal, preservando de las enfermedades corporales á los que lo comían; este divino Sacramento sana las enfermedades del alma, preservando de muchas culpas, y libra de la muerte eterna, en que incurriéramos por ellas. El maná tenía un solo sabor natural, mas para los justos tenía todo sabor, sabiendo á cada uno á lo que quería; este divino manjar, aunque tiene un solo sabor natural de las especies de pan y vino, mas para los justos tiene todos los sabores espirituales que cada uno puede desear, conforme á su necesidad, porque encierra dentro de sí á la fuente de todo sabor y dulzura. El maná, por fin, cogido en grande ó pequeña cantidad, bastaba para el sustento del que le cogía, quedando tan harto quien cogía poco como quien cogía mucho; este divino Sacramento basta para el entero sustento espiritual del que le come, ya sea grande, ya pequeña la medida que de él tome, porque todo Cristo está en la hostia grande y en la pequeña, y en cada partecica de ella. ¡Oh Dios de amor! No diga ya el pueblo de Israel que no hay una nación tan grande y feliz como ella, cuyos dioses se hagan tan caseros y tratables como el suyo. Grandes beneficios les hicisteis, pero inmensamente mayores son los que dispensáis á los cristianos. Dábaisles pan de ángeles; á nosotros nos dais pan divino: aquel pan curaba las enfermedades corporales; éste cura las espirituales: aquél recreaba al cuerpo con todos los sabores; éste recrea al espíritu con todas las gracias: aquél, aunque en pequeña cantidad, saciaba el apetito; pero una partícula de éste llena los senos inmensos del corazón. ¡Oh alma devota! ¿Qué sientes al considerar tales bondades? ¿Cómo correspondeste al amor de tu Dios?

**Punto 3.º** *Diligencia con que hemos de disponernos para recibir la sagrada comunión.*—Considera, finalmente, cómo la

divina Providencia ha ordenado que tú cooperes con ella, para buscar y gustar este divino Pan, al modo que mandó á los israelitas que madrugasen á coger el maná, antes de salir el sol; porque en saliendo lo derretía, en castigo de los perezosos; para que entendiesen todos que convenía prevenir la luz del sol, para recibir la bendición de Dios y bendecirle por ella. Pondera cómo debes también madrugar para buscar este divino maná, meditando ante todo las grandezas de este divino Sacramento, y cogiendo el maná dulcísimo de la devoción, que se saca de la consideración de ellas, antes que el sol de las ocupaciones y tentaciones que suceden entre día, te derramen y sequen el espíritu. Debes, otrosí, madrugar para alabar y glorificar á Dios, con ánimo muy agradecido por este beneficio, asistiendo al sacrificio que con este fin se celebra; porque si Dios tanto deseó que se conservara en su pueblo la memoria del maná, con el cual había sustentado á sus padres por el tiempo de cuarenta años, ¿cuánto más deseará que tengas perpetua memoria de este divino manjar, con el cual ha alimentado hasta hoy y sustentará hasta el fin del mundo al pueblo cristiano? Debes, sobre todo, madrugar el día de la comunión, para disponerte á ella diligentísimamente, tomando esta ocupación como la principal de aquel día, acordándote que si ahora no te aparejas y no te aprovechas de esta celestial comida, llegada la muerte, padecerás perpetua hambre, como el día del sábado la padecían los israelitas que no habían querido coger el maná durante la semana. Ahora conozco, Dios mío, mi insensatez y locura. Me he atrevido á presentarme delante de Vos sin preparación ninguna. Lo que no me atrevería á hacer con un rey de la tierra, ni aun con el último de los hombres, he hecho tantas veces con Vos. Con el entendimiento disipado, el corazón frío y mi espíritu distraído, me he presentado á vuestra divina mesa. ¡Oh alma mía! ¿Conoces tu error? ¿Cómo lo debes remediar? ¿Qué preparación te exige Jesús para que le recibas?

**Epílogo y coloquios.** ¡Cuán tierna y paternal fué la providencia de Dios con nuestros primeros padres en el paraíso! Las más variadas y sabrosas frutas estaban siempre á su disposición, y entre ellas la del árbol de vida, que milagrosamente conservaba la salud y preservaba de toda enfermedad. No fué menos tierna la que tuvo con los israelitas en el desierto, haciendo llover del cielo el precioso maná, que contenía todos los gustos, preservaba de todas las enfermedades y sustentaba admirable é igualmente á los que lo comían, ya fuese en grande, ya en pequeña cantidad. Sin embargo, infinitamente más generoso, espléndido y misericordioso se ha mostrado el Señor con nosotros, si atendemos al alimento y manjar que nos ha preparado. ¡Su mismo cuerpo y sangre con todos sus méritos, virtudes, atributos y grandezas! ¡Oh verdad, digna de toda admiración y

alabanza! ¿Quién, al poder alimentarse de este árbol de vida, envidiará la suerte de Adán y Eva, cuando moraban en el paraíso? ¿Quién echará de menos la dicha de los israelitas, pudiendo comer todos los días este divino maná? ¿Quién no se esforzará en disponerse para acudir á este celestial convite, madrugando para contemplar las grandezas que en él se encierran, para alabar y glorificar al Rey que nos convida, y para adornar el alma que ha de ser su morada? Confundámonos de no haberlo hecho así hasta hoy; propongamos obrar de otro modo en adelante, pidiendo para esto gracias al Señor, y rogando por las demás necesidades.

## II.—EL SANTÍSIMO SACRAMENTO ES SUMA DE LAS GRANDEZAS DE DIOS.

PRELUDIO 1.º Quiso Jesucristo compendiar y recordar por medio del Santísimo Sacramento las grandezas de su divinidad y omnipotencia.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús diciendo: « El pan que Yo daré es mi carne por la vida del mundo ».

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de conocer y adorar las grandezas que se encierran en el divino Sacramento.

**Punto 1.º** *El Santísimo Sacramento es compendio de las grandezas de la Divinidad y Trinidad.*—Considera cómo este santo Sacramento es un memorial de las grandezas maravillosas de la Divinidad y Trinidad que en él están encerradas. Aquí está la persona del Verbo divino, unida con su sacratísima humanidad, en quien, como dice san Pablo, mora la plenitud de la Divinidad corporalmente. Por consiguiente, está en su compañía la Santísima Trinidad, porque no es posible separarse una persona de la otra, por ser todas un mismo Dios; y todas las obras que en este Sacramento hace el Hijo, también las hacen el Padre y el Espíritu Santo, aunque con un modo especial se atribuyen al Hijo, en cuanto sola su Persona sustenta la carne y la sangre que se nos dan en manjar. Pondera cómo también en este Sacramento están todas las perfecciones y atributos de Dios; pues, como dijo el mismo Apóstol, en Cristo están todos los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios, y también los de su bondad y caridad, los cuales resplandecen admirablemente en esta obra. La sabiduría, en haber inventado tal medio, que Dios y hombre se haga manjar y bebida de los hombres; la bondad, en comunicarse á sí mismo de esta manera á sus fieles; la caridad, en unirse y entranarse con sus amigos y no negarse á sus enemigos; la misericordia, en darse por manjar de los hambrientos y bebida de los sedientos, y venir personalmente á visitar y curar á los enfermos; y la liberalidad, en darnos de pura gracia cuanto tiene. Al considerar tales portentos que por ti ha querido obrar el Señor, y la mucha estima que de tu alma ha tenido, admírate

grandemente, y alaba su bondad soberana. ¡Oh Dios y Señor mío! ¡Cuán admirable es vuestro nombre en toda la tierra! Admirable fué en la creación del hombre; más admirable en su reparación, y no menos admirable en su sustento, haciendo una suma de vuestras maravillas para sustentar al que es suma de vuestras obras. ¡Oh alma mía! ¿Conoces lo que por ti ha hecho Jesús? ¿Qué haces tú por Él?

**Punto 2.º** *El Santísimo Sacramento es como recuerdo de la omnipotencia de Dios, por obrarse en él dos milagros: separar la substancia de pan de los accidentes, y convertir un cuerpo como la hostia en otro tan grande como el cuerpo de Jesús.*—Considera cómo este Santísimo Sacramento es un memorial de las maravillas de la omnipotencia de Dios, la cual obra aquí muchos y muy grandes milagros invisibles á los ojos del cuerpo, pero admirables y estupendos á los ojos del alma, que los mira con la lumbre de la fe. El primer milagro que nos descubre la fe es deshacer Dios con su palabra omnipotente la unión y trabazón natural que tenían los accidentes de pan y vino con su substancia, cambiando la substancia y conservando los accidentes sin aquel arrimo; de modo que, aunque percibes con los sentidos color, sabor y olor de pan y vino, realmente no está la substancia del vino ni del pan, sino la carne y sangre de Jesucristo, en quien milagrosamente se convirtió. ¡Así separa el Señor lo que naturalmente era inseparable, para unirse contigo! Y tú, para unirte con Él, ¿no querrás separarte de lo que le ofende? Pero pondera el otro milagro, que consiste en convertirse una substancia tan humilde de pan y vino en otra tan excelente y perfecta como es el cuerpo de Cristo. Allí, debajo los accidentes que permanecen, está substancialmente todo Él con la entereza que tiene en el cielo<sup>1</sup>. Allí está su sacratísima cabeza, con aquellos divinos ojos que roban el corazón. Allí están sus benditísimos pies y manos, con las señales de las llagas que hicieron los clavos, y el costado con la llaga que hizo la lanza, y el Corazón encendidísimo con el fuego del amor que le movió á recibirlos, y todo el cuerpo con las dotes de claridad y hermosura que excede á la del sol, luna y estrellas. Pues ¿qué mayor maravilla puede ser que hacer Dios en un instante una conversión y mudanza tan extraordinaria de una cosa tan pequeña en otra tan grande, de una tan vil en otra tan preciosa, sólo para

<sup>1</sup> Puede verse á santo Tomás (*Sum. Theol.*, III p., q. 86, a. 4), en donde dice que en el Santísimo Sacramento, *ex vi realis concomitantiae*, se halla la cantidad dimensiva del cuerpo de Cristo, con todos sus accidentes, esto es, con todos sus órganos y partes. Y, aunque no hay ni puede haber distancia local entre unos y otros órganos, puesto que allí está el cuerpo de Jesús de un modo substancial, pero tampoco puede decirse que se hallen de una manera confusa, porque, como observa el mismo santo Doctor (*Sent.*, lib. 4, dist. 10, in fin. art. 2), sus órganos *habent ordinem inter se, licet secundum ordinem illum non comparentur ad dimensiones exteriores*.

sustentar al hombre? ¡Oh Gloria mía! Mudadme en otro varón, para que pueda servirlos por esta mudanza que por mí habéis hecho. Si Vos me dais todo lo que sois para mi sustento, yo os quiero dar todo lo que soy para vuestro servicio; mi cuerpo con mis sentidos, mi corazón y cuanto tengo, emplearé en servirlos, pues Vos lo habéis empleado todo en sustentarme. ¿Estás tú, alma mía, animada de estos sentimientos?

**Punto 3.º** *Otros dos milagros de la divina omnipotencia, que son: estar el cuerpo de Cristo en el Sacramento á manera de espíritu, y sin dejar al cielo.*—Considera otro milagro no menos estupendo que los dos anteriores, que es estar todo el cuerpo de Cristo en el Sacramento indivisiblemente á manera de espíritu, de modo que todo Él está en toda la hostia y todo en cada parte de ella. De donde resulta que, aunque la hostia se divide, Cristo nuestro Señor no se divide, sino que todo Él entero queda en cada partecica de ella. Y de aquí es también que la vida que vive Cristo en el Sacramento, no es vida de carne, sino como vida de espíritu; porque allí, aunque tiene pies, no anda, y aunque tiene manos, no palpa, y aunque tiene lengua, no habla; solamente usa de las potencias espirituales, propias del espíritu. En lo cual debes aprender que, aunque vivas en carne, no has de obrar según la carne, sino según el espíritu, haciendo obras espirituales y mortificando las carnales. Pondera luego otro sorprendente milagro, que consiste en que, estando Cristo nuestro Señor en el cielo empíreo, ocupando el lugar que su soberana grandeza merece, sin dejar de estar allí, baja al Sacramento; y juntamente está en diferentes partes del mundo, dondequiera que fuere consagrado, sin exceptuar lugar ninguno, y con tanta vigilancia atiende á la consagración de cualquier sacerdote, que, en diciendo las palabras de la consagración con intención de consagrarle, en el mismo instante las saca verdaderas, haciendo todos los milagros referidos. ¡Oh omnipotencia soberana de Jesús, que así os empleáis en provecho de los hombres, ofreciendo poner vuestro cuerpo en cualquier lugar de la tierra donde puede estar el suyo! ¿Quién será capaz de hacer cuanto merecéis por tan admirable beneficio? Permitidme, Señor, que me dedique todo, y en todo tiempo y en todo lugar, á vuestro servicio. ¡Oh alma devota! Esto debes hacer si quieres corresponder de algún modo al amor de Jesús. Mas ¿qué has de corregir y enmendar? ¿Qué te conviene practicar?

**Epílogo y coloquios.** ¡Cuán cierto es que en el divino Sacramento hallamos un recuerdo perenne y expresivo de las grandezas y maravillas de Dios! ¡Cuán bien dijo David que el Señor daría á los que le temen un manjar suavísimo, que sería un memorial de sus obras portentosas! Él nos recuerda la Trinidad beatísima, los infinitos atributos de Dios, su bondad, misericordia, sabiduría, omnipotencia. Estando en él escondido y

velado bajo los accidentes del pan el Verbo encarnado, están también con Él el Padre y el Espíritu Santo con todas las perfecciones infinitas que les competen. ¡Oh cristiano! ¿Has considerado tu dicha al recibir el Santísimo Sacramento? ¿Has pensado que en ese momento feliz se cumple al pie de la letra la promesa de Jesús á sus amantes discípulos? Vendremos á él y moraremos dentro de él. Para ello ha de despertar su omnipotencia, ha de realizar los más grandes portentos; pero no importa. Su amor pasa por todo. Él rompe la unión que existe entre la substancia y los accidentes; de tal modo prepara y amasa su cuerpo sacramental, que todo Él se halla en toda la hostia y en cada parte de ella, y sin dejar el cielo, donde está glorioso y en su propia especie, se presenta puntualmente adonde quiera que le llamen sus ministros, sin faltar jamás á la palabra que ha dado y á las promesas que nos ha hecho. ¡Oh! ¡Si tú supieras agradecer tan grande benignidad y misericordia! ¡Si, á imitación de tu Señor, estuvieras siempre presto para someterte á sus mandatos y voluntad! ¿Qué te conviene resolver para obrar de este modo? ¿Qué propósitos has de hacer? Piénsalo, resuelve, pide gracia al Señor, y ruegale por todas las necesidades.

## 12.—EL SANTÍSIMO SACRAMENTO, CAUSA DE LA GRACIA.

PRELUDIO 1.º Instituyó Jesús el Santísimo Sacramento, para concedernos por medio de él la divina gracia.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesucristo, mostrándote el Santísimo Sacramento y diciéndote: «El que coma de este pan, vivirá».

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de recibir siempre con las debidas disposiciones la sagrada comunión, para que sea para ti fuente de gracia y vida.

**Punto 1.º** *Jesús en el Sacramento, da la gracia por sí mismo.*—Considera cómo, habiendo determinado Jesús instituir siete Sacramentos, que fuesen siete señales sensibles de la gracia, y siete instrumentos para aplicarte el fruto de su Pasión, que es la santificación, quiso que el uno de ellos no fuese pura criatura, como es pura agua, ó aceite, ó bálsamo, ó puro pan y vino; sino que el mismo Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, quiso real y verdaderamente juntarse con la criatura, y encubrirse milagrosamente debajo de los accidentes del pan y del vino, para darte Él mismo la gracia, y aplicarte el fruto de su Pasión, mostrando en esto la infinita caridad y amor que te tiene y lo mucho que estima tu santificación y el aumento y perfección de ella. Esto puedes ponderar por varios ejemplos. Porque nuestro amosísimo Jesús no es como el médico, que ordena la medicina y encarga al enfermero que la aplique, sin tocar él al enfermo; antes Él mismo es el médico y la medicina, y el que invisiblemente la aplica, entrando como manjar en nosotros y dándonos